

BN
F-1452



REPUBLICA DOMINICANA
PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
SECRETARIADO TECNICO

PANORAMA DE LA MUSICA EN SANTO DOMINGO

Conferencia pronunciada por el Dr. Horacio Vicioso Soto, Embajador Encargado de la División de Asuntos Jurídicos de la Cancillería, el día 18 de Mayo de 1971, en la Biblioteca Nacional bajo el patrocinio del "Círculo Diplomático" de Santo Domingo.



Santo Domingo, D. N.

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL DR. HORACIO VICIOSO SOTO, EMBAJADOR ENCARGADO DE LA DIVISION DE ASUNTOS JURIDICOS DE LA CANCELLERIA SOBRE EL TEMA: "PANORAMA DE LA MUSICA EN SANTO DOMINGO" EL DIA 18 DE MAYO DE 1971, EN LA BIBLIOTECA NACIONAL BAJO EL PATROCINIO DEL "CIRCULO DIPLOMATICO" DE SANTO DOMINGO.

BN
F1452



INTRODUCCION

Desde muy atrás en el tiempo, preclaros estadistas que sentaron las bases de lo que orgullosos llamamos "nuestra civilización" comprendieron que a toda labor de síntesis de esos factores dispersos que componen la Unidad Nacional, debía precederle una labor, intensa aunque silenciosa de compilación metódica y cuidadosa del acervo cultural de la sociedad.

Así nacieron las bibliotecas, que no se limitaban a reunir los incunables infolios que andaban dispersos por tramontanas y septentriones, sino que además se ocupaban de copiar y compilar toda clase de crónicas y empadronamientos, que iban a constituir las zapatas donde se edificaría la moderna crítica histórica.

La Biblioteca Nacional, desde su reciente integración en un moderno y funcional edificio y en ejercicio de sus magnas atribuciones en el campo de la preservación e impulsión del "momentum" cultural dominicano, ha venido propiciando toda clase de eventos del alma y de la letra, como conferencias, exposiciones y ferias artesanales.



Si mentalmente hiciéramos un rápido procesamiento de datos, sobre la labor de la Biblioteca Nacional encontraríamos enseguida una de las piezas más valiosas de ese teórico muestreo: la conferencia que con el título de "Panorama de la Música en Santo Domingo" ofreció el pasado 18 de mayo en sus augustos salones el Dr. Horacio Vicioso Soto.

Al presentar esta pieza breve, directa y despojada de ese exceso de adjetivos y arabescos que recargan con frecuencia el tejido conjuntivo de la literatura hispanoamericana, se imponen por igual dos imperativos: la exégesis de la obra y el retrato de su autor, el cual abordamos de inmediato.

Es Vicioso Soto uno de esos hombres que por su intrínseca condición podría ser llamado un "Hombre del Renacimiento". Refinado y talentoso, es uno de nuestros más notables diplomáticos y funcionario de carrera, habiendo desempeñado desde su temprano andar por los caminos de la gestión pública, numerosas encomiendas honrosas, hasta ser Canciller de la República en 1965.

Actualmente es profesor de la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña" y autor de una valiosa obra sobre el tema "Diplomacia, Ciencia y Arte".

En su conferencia, que podemos rotular sin reparos como la más actualizada recopilación en el campo de nuestra cultura musical, el Dr. Vicioso examina las influencias que acendrándose en el hontanar de nuestra vida, dieron por fruto la música dominicana.

Por constituir un gran aporte para la difusión de una faceta poco relevada, aunque no menos valiosa de nuestro patrimonio cultural, el Secretario Técnico de la Presidencia, excediéndose benignamente un poco de sus normales atribuciones, ha querido contribuir al éxito de esos empeños laudables de nuestra Biblioteca publicando esta apreciable contribución a nuestra Bibliografía, sabiendo que detrás de todo esfuerzo de esta índole, callado, pero eficaz, se percibe el aliento y se recibe el tácito apoyo de un estadista que como el Doctor Joaquín Balaguer, Presidente Constitucional de la República, no olvida, entre los duros avatares de la gestión política, sisarle un poco al apremio del tiempo para regar con mano generosa las huertas del espíritu.

EUDORO SANCHEZ Y SANCHEZ

Agosto, 1971.



Señoras y Señores:

Doña Flérida de Nolasco, nuestra prestigiosa y culta escritora ha declarado con la autoridad que le conceden su brillante labor durante años en las investigaciones históricas y su conocimiento profundo de las artes que "la presencia de la música en la vida dominicana ha sido en todo momento una realidad continua".

Su ya famosa obra "Vibraciones en el Tiempo", recoge con singular dedicación y altísimos méritos, datos preciosos sobre las resonancias del arte musical en nuestra tierra a lo largo de nuestra historia.

Justo es pues que al comenzar nuestro recuento dejemos constancia de la profunda admiración que nos produce su labor, a todas luces meritoria, como lo es también la de todos aquellos otros estudiosos que se han dedicado a la noble tarea de desentrañar de las fauces del olvido los hitos memorables, aquellos que constituyen el dato, único hecho que puede aseverar que por allí pasó la historia.

La música de la República Dominicana se deriva según se ha aseverado, de tres influencias fundamentales: la indígena, la hispano-colonial y la negra; y si bien es conocido el hecho de que esta mezcla es típica de muchos de los países latinoamericanos, es pertinente reconocer que cada país ha llegado a alcanzar modalidades propias y que en la República Dominicana se ha desarrollado una cultura musical individualizada y potente, que es la que intentaremos poner de manifiesto con nuestro recuento de esta noche.

La música de nuestros aborígenes es poco conocida. Se tienen algunas informaciones, más o menos precisas sobre ella por los recuentos de los Cronistas de Indias.

No es de extrañarse que las manifestaciones rítmicas de los indios de la Española guiaran sus danzas, ya que el baile siempre ha acompañado al hombre primitivo como natural impulso para la sacudida del cuerpo frente a un choque emocional cuya raíz está más adentrada en la carne que en el espíritu.

Tanto el Gran Almirante como Gonzalo Fernández de Oviedo y Frai Bartolomé de Las Casas, se refieren al "Areito" como principal modalidad musical de los indios Taínos.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en su Historia General y Natural de las Indias expresa, por ejemplo, que "en esta isla a lo que he podido entender, solo sus cantares que ellos llaman areitos, es su libro o memorial que de gente en gente queda de los padres a los hijos y de los presentes a los venideros"...

Esto nos da a entender que estos areitos que eran canciones acompañadas de bailes narraban muchas veces, acontecimientos memorables.

"Bailaban formando rueda: uno entonaba una canción y los otros (el coro) contestaban".

"Mientras bailaban y cantaban, el cacique o señor del lugar hacía resonar una especie de tambor".

Se asegura que en la música de nuestros aborígenes se distinguían tres modalidades que correspondían a tres estados anímicos diferentes: a la exaltación; modalidad heroica; a la tristeza en duelos, aflicciones y desgracias: modalidad elegíaca; y modalidad festiva: a las expresiones de ingenua alegría; mientras se pescaba, al arrullar un niño, o al rallar o guallar la yuca para hacer el casabe.

La influencia indígena fue relativamente corta porque el impacto del sistema colonial hizo desaparecer esa raza aborígen entre nosotros.

En el prolongado período colonial sólo en los templos y en las festividades de carácter popular se revela la persistencia de la música y apenas se sospecha en las representaciones teatrales de aficionados.

Desde el momento en que se decide la formación de la Arquidiócesis de Santo Domingo en 1504, por Bula del Papa Julio II, y más tarde la construcción de la primera Catedral del Nuevo Mundo en 1523, se le da un impulso a la música sacra, la cual comenzó a cultivarse con esmero y muy especialmente al fundarse la primera Universidad, la de Santo Tomás de Aquino en 1538, y más tarde en la Universidad de Gorjón, en las cuales se enseñaba con éxito la música, siendo esta materia un requisito indispensable para el Doctorado en Artes.

Se asegura, además, que la música secular española correspondiente al Siglo XVI había llegado a popularizarse enormemente en la colonia y que los juglares, esos típicos propagadores errantes de la música de la Edad Media, existían en la Española desde los tiempos de los primeros colonos españoles.

La creación, desde el principio del puesto de Chantre (Maestro de Coro) en la Catedral, da lugar a la vigencia de la enseñanza musical hasta la fundación de las Universidades. Conocidos son los nombres de muchos Chantres que dejaron sentados sus esfuerzos en este campo. El canónigo Rodrigo Quijada, por ejemplo, se reconoce como el primer maestro de música sagrada cuyo nombre se consigna.

La historia recoge también el nombre de Diego Risueño quien en 1565 estuvo en Santo Domingo y dió lecciones de tañer antes de pasar a la Nueva España. Su nombre es el del primer maestro de mú-

sica profana en Santo Domingo que ha llegado a nuestro conocimiento.

En 1540 nació en esta capital don Cristóbal de Llerena "hombre de inteligencia y cultura extraordinaria", que fue Canónigo y organista de la Catedral, Rector de la Universidad de Santiago de la Paz y de Gorjón, que fue convertida en Seminario en 1601.

Su sucesor lo tildó de "hombre de rara habilidad porque sin maestro lo ha sido de sí mismo, y llegado a saber tanto latín que pudiera ser catedrático de prima de Salamanca, y tanta música que pudiera ser Maestro de Capilla de Toledo."

En él se concentran no sólo los méritos de haber sido el primer músico de relieve nacido aquí sino también los de haber quedado reconocido como infatigable en el estudio y en la enseñanza, y como definitivo impulsor del teatro.

Por los alrededores de 1580 dos negras libres, naturales de Santiago de los Caballeros, habían ido a radicarse en Santiago de Cuba y allí fueron grandemente conocidas como expertas tocadoras de bandola y de vihuela. Sus nombres eran: Teodora y Micaela Ginés, y a ellas se les debe la famosa tonada de la "Ma Teodora" que ha sido considerada como el origen de la música popular cubana y posiblemente el de la música del resto del Caribe.

El son que tiene un estribillo coreado que es repetido indefectiblemente después de cada verso dice como sigue:

Dónde está la Ma Teodora?
Rajando la leña está;
Con su palo y su bandola,
Rajando la leña está.

Este estribillo coreado es del mismo tipo del que encontramos en el Canto de Plena dominicano, es decir en el canto del trabajador que golpea algo, (como en las faenas de tala y de desyerbo) y recibe como complemento de su canto, una respuesta en forma de estribillo coreado que viene de los demás trabajadores que laboran junto a él, en esta forma:

Subí la loma
ombe

Volví y bajé
ombe

me echán los perros
ombe

de siño André
ombe.

En cuanto a los romances y a las coplas, dos mil pliegos de estas últimas llegaron a la isla, según se tienen noticias en 1597, cuando estaban más de moda en España, y pasaron a ser, realmente, la raíz de nuestra música criolla; y en cuanto a los primeros los que mayormente se conservan son los que todavía repiten los niños en sus juegos infantiles, generalmente en forma de rondas: La Viudita del Conde Laurel, Mi Cojita, Estaba la Pájara Pinta, Doña Ana, etc., y el famoso Mambrú que aunque de procedencia francesa vive todavía en toda la América Hispana.

La mayoría de estos romances son los mismos que con ligeras variantes en sus letras, ya que no en sus melodías, cantan los niños de todo el Continente latinoamericano.

Son estas tonadas infantiles las que servirán más tarde de inspiración al Maestro Luis Emilio Mena para componer sus Recuerdos de Infancia.

En el Siglo XVI la música popular seguía prodi-
gándose; el pueblo era muy dado al canto y al baile,
y mezclaban estas diversiones con las festividades
religiosas.

La colonia en este siglo estaba todavía "satura-
da" por así decirlo de cultura, pero naturalmente
de una cultura medieval, en la cual abundaban las
fiestas extralitúrgicas y los saraos, así como las
comedias, los entremeses y los autos sacramenta-
les, representados en los atrios de las iglesias y
en las plazas públicas. Era una cultura típica me-
dieval que como la de Europa en esa época vivía,
por así decirlo, recostada de los templos, y crecía
bajo el calor tutelar de la Iglesia.

El gran Tirso de Molina que estuvo aquí viviendo
entre los años de 1616 y 1618, en el Convento de las
Mercedes, refiere en su Historia de la Merced, es-
crita en España unos 20 años más tarde, rememo-
rando su estada en La Española, cuan era la gran-
diosidad de las festividades religiosas entre los
dominicanos.

El pueblo pasaba "las noches y los días sin ce-
sar, en procesiones y concursos. Del piadoso rego-
cijo participaba todo el pueblo dentro y fuera del
templo: los muchachos salían a las calles en cuadri-
lla a nuestro templo, cantando villancicos y mote-
tes".

Las festividades religiosas eran regularmente
patrocinadas por las muchas cofradías, especialmen-
te de negros que tenían sus sedes en diversas capi-
llas de la Catedral.

La de San Juan Bautista que eran los más entu-
siastas y activos, estaba formada por negros y mu-
latos nacidos en Santo Domingo, y "la servían con
mucho puntualidad haciendo fiestas el día del santo
y toda su octava, con misas y sermones, y una pro-
cesión muy solemne con danzas".

Otra cofradía renombrada era la de la Virgen de la Candelaria formada por negros biafaras y mandingas, mientras el altar de San Cosme y San Damián lo atendían los negros aradaces y el de Santa María Magdalena los negros zapas.

Doña Flérida de Nolasco al anotar los pormenores de este recuento comenta que esas cofradías de negros establecidas en la Catedral, son elocuente testimonio de la rápida fusión de ideología y costumbres de los negros con los blancos, lo cual borrando toda discriminación, dió lugar a la temprana homogeneidad de criterio, de conciencia y de tradición en Santo Domingo.

Con el Sínodo diocesano de 1610, se sentaron las reglas para la celebración de los oficios divinos, prohibiéndose algunas prácticas muy observadas en las iglesias.

Entre éstas las siguientes: la misa mayor debía ser cantada. "En las iglesias no se hagan farsas, ritos comedias ni representaciones sin licencia del Prelado... Permítase que en las dichas representaciones se mezclen algunos entremeses graciosos y de cosas profanas como no sean deshonestas". "Que los clérigos no dancen ni bailen... con que se deroguen a la autoridad y gravedad, que requiere su orden y hábito, y si de éste excedieren el Prelado o Provisor los castigará con todo rigor".

A fines del Siglo XVII y a comienzos del XVIII el gusto de los dominicanos por el baile era general, pero estaba especialmente enfatizado en la gente de color. De esa época se conocen jugosos comentarios sobre la música que se interpretaba y sobre los bailes de moda, sobresaliendo entre ellos La Calenda. El Padre francés Jean Baptiste Labat dijo que este baile tuvo su origen en la costa de Guinea en Africa, y que además de "ser el medio de diversión más importante, se ha convertido en una parte de los servicios religiosos pues se llegó a bailar hasta en procesiones y en iglesias".

La Calenda era realmente un baile de conjunto en el cual los danzantes se colocaban en dos hileras: las mujeres frente a los hombres, sosteniendo todos los brazos en alto, saltando, haciendo figuras, acercándose a la distancia de dos o tres pies unos de otros, y alejándose cadenciosamente. De vez en cuando enlazan los brazos y enlazados dan dos o tres vueltas, y por fin se besan, entonces vuelven a separarse para recomenzar las mismas figuras.

Lo interesante de todo este recuento es señalar, con conocidos musicógrafos que este baile pasó a ser muy popular en la América del Sur, al punto que se ha llegado hasta a aseverar que fue el origen de muchos de los bailes populares conocidos hoy tales como la cueca de Chile, la Marinela del Perú, la Zamacueca que se bailaba en Bolivia y que tuvo el nombre de Chilena, y en Argentina donde se bailaba hasta mediados del siglo pasado.

A este respecto el cronista inglés Helms asegura en uno de sus escritos haber visto bailar una danza llamada Calenda en Montevideo.

Parece raro e increíble que en Santo Domingo se perdiera y olvidara la Calenda. Algunos creen que sólo se perdió el nombre ya que varias de las figuras del baile aparecen en el conocido Carabiné, tan típico de nuestras regiones sureñas.

El Siglo XVIII fue un siglo difícil en la colonia pues en ella se sucedieron como amargó rosario de desdichas, las invasiones repetidas de piratas, las emigraciones de nativos a otras tierras vecinas, los terremotos y los ciclones. Fue como si todo conspirara contra la prosperidad de la tierra que había sido centro de la colonización en América. El siglo termina con un cambio de nacionalidad ya que como consecuencia de la firma del Tratado de Basilea en 1795, Santo Domingo fue cedido a Francia.

De la situación de la música en la colonia en esa época tenemos interesantes datos que fueron recopilados por el inglés William Walton. En su obra "Present State of the Spanish Colonies" hace un colorido recuento de los bailes que presencié entre los habitantes de Santo Domingo, describiéndolos de la siguiente manera: "estos bailes (fandango, bolero, etc.) aún cuando los encontramos algunas veces en la América Española, no son los acostumbrados generalmente en la sociedad, en la que han adoptado el valse, además de la danza nacional española, que es extremadamente graciosa; los españoles de clase baja acompañan sus bailes grotescos con gritos y música que producen golpeando dos palitos de madera dura, una calabaza estriada, que se raspa suavemente con un hueso fino, un banjo, unos sonajeros hechos de una calabaza con piedrecitas, una quijada de Caballo con dientes que se raspan con movimiento rápido, y un tambor. Los pasos del baile son peculiares y obscenos; todo el acompañamiento y estilo parece una combinación del congo africano y el clamor indio".

Ya en los últimos años de ese siglo el bolero español alcanzó nuevamente gran popularidad en Santo Domingo, junto a la Contradanza, cuyo origen los entendidos en la materia, afirman que posiblemente se encuentra en el "Country Danse" inglés, baile que a pesar de su nombre aseguran los historiadores que se bailaba en la corte de la Reina Isabel.

Al establecerse la República con pobres recursos pero con orientaciones nuevas, la vida dominicana logra remozarse en algunos aspectos. En lo que respecta a la música ésta no se limitó ya a la expresión sagrada, y así vemos aparecer en las escuelas, en veladas o en conciertos de carácter familiar, tendencias exclusivamente profanas, que alcanzan realizaciones de un adulto criterio artístico.

En este período del comienzo de la República se destacan músicos de tanta envergadura como la de



Juan Bautista Alfonseca, Director e Instructor de Banda del Cuerpo del Ejército con rango de Teniente Coronel, a quien se le reconoce como el compositor de más renombre en esos tiempos, y como el padre de la música moderna dominicana.

Fue un músico fecundo, de fisionomía genuinamente popular. De su obra se ha dicho que: "Sus aires festivos, movidos con letras ribeteadas de pasquín, causaban maligno contento".

Fue además original en sus producciones, y tuvo la cordura, al comprender la índole del pueblo, de ajustar, a la psicología y gusto de éste la danza americana, dándole un aire enteramente nuevo, cadencioso, alegre y voluptuoso.

A él también se le debe la composición del primer Himno Nacional, que fue interpretado por primera vez el primero de mayo de 1844, con letra del conocido poeta dominicano Félix María Del Monte.

Este himno está escrito en ritmo de mangulina en el cual estaba muy versado y el cual es un ritmo popular de salerosa gracia.

Pero Alfonseca también compuso varias misas, un Miserere, y muchas piezas para banda.

Después de Alfonseca la primera figura de verdadera importancia fue la de Pablo Claudio, quien viajó como clarinetista de una orquesta de ópera y vivió un tiempo en Río de Janeiro, Brasil, en donde tuvo la oportunidad de admirar la obra portentosa de Antonio Carlos Gómez y bajo la influencia de la cual escribió sus dos dramas musicales "América" y "María de Cuéllar", drama este último que cuenta la historia de la dulce y sufrida azafata de doña María de Toledo, la esposa de Diego Colón.

Pablo Claudio compuso además música bailable y popular de excelente calidad.

La historia recoge en este período, también, los nombres de Sebastián Morcelo, Mariano y José María Arredondo y de José Reyes, compositor este último del actual Himno Nacional Dominicano.

Es en este período que se ponen de mayor relieve los bailes típicos que conocemos hoy en día: la mangulina, el chenche, la media tuna, el carabiné, el sarambo, la yuca y especialmente el merengue. Este último que como sabemos es el baile nacional de la República Dominicana se conoció desde los primeros años de la Independencia. Aunque no se sabe a ciencia cierta cuál es el verdadero origen del baile y del nombre que se le ha dado al mismo, hay una versión que es muy socorrida que afirma que se le dió el mismo nombre del dulce que se hace con azúcar y claras de huevo por su carácter ligero y frívolo, y por sus ritmos cortos y precisos que sugieren el batir de claras de huevo.

En lo que respecta a su origen algunos afirman que debe encontrarse en las versiones de otros bailes que como la Upa, danza que ya se ha perdido, tenía algunas figuras parecidas a las del merengue, y contaba también con un paseo.

Rafael Damirón, nuestro conocido escritor, nos legó la versión, en su conferencia sobre las peculiaridades de "Nuestro Sur Remoto", de que el merengue tuvo su origen en la mangulina, llevada a la línea noroeste por los conocidos carabineros Solito y Baul. Otros musicógrafos refutan, sin embargo esta tesis afirmando que en la línea lo que existe verdaderamente es el jaleo y no propiamente el merengue.

El periodista don Rafael Vidal en unas declaraciones ya famosas por las interesantes revelaciones y datos que sacó a relucir, asegura que el merengue se bailó por primera vez en un campamento de soldados dominicanos durante la Batalla de Talanquera, región de la Provincia de Monte Cristy, en 1844 durante la guerra independentista.

La versión expresa que cuando las tropas dominicanas habían llegado al paso de Macabón, la presión del ejército haitiano las hizo retroceder. Formando parte de las tropas dominicanas estaba un soldado llamado Tomás Torres quien había abandonado su puesto durante la batalla, huyendo con la bandera. Más tarde, en ese mismo día, los dominicanos contraatacaron y lograron la victoria, pero esa noche durante la celebración que siguió al triunfo, los soldados cantaron y bailaron alrededor del fogón una nueva melodía satirizando la conducta del abanderado fugitivo con la siguiente letra:

“Tomá juyó con la bandera,
Tomá juyó de Talanquera.
Si fuera yo, yo no juyera.
Tomá juyó con la bandera”.

La literatura popular recoge en esos años que siguieron al 1855 una reacción violenta contra el nuevo baile tildándolo de “aborrecible”, y de “villano que insulta al pudor” e “infame usurpador” refiriéndose a la popularidad que el merengue estaba alcanzando y al desplazamiento que éste estaba haciendo de los otros bailes nacionales.

El merengue, sin embargo, continuó imponiéndose, hasta convertirse en nuestro baile nacional por excelencia.

Por el año de 1870 vivía en Santiago un músico catalán que había organizado y dirigido la primera banda municipal en esa ciudad, y fue maestro de música de una pléyade de jóvenes santiagueros entre los cuales se destacaron especialmente José Ovidio García y Ramón Emilio Peralta.

En esa misma segunda mitad del Siglo XIX sobresalieron también cuatro fecundos compositores: José de Jesús Ravelo, Manuel de Jesús Lovelace, Gabriel del Orbe y Augusto Vega, quienes sumados a Clodomiro Arredondo Miura, compositor de música litúrgica, José María Rodríguez Arreson, compositor de la Obertura “Sinfonía Cuasi una Fanta-

sía "30 de Marzo"; y de varios corales y danzas populares; y de Alfredo Soler, compositor de más de trescientas obras de carácter popular, completan el panorama espléndido de la música dominicana en ese período.

Entre ellos don José de Jesús Ravelo es indudablemente el más destacado. Su gran influencia como compositor prolífico, profesor ejemplar e impulsor de la música en todos los órdenes, lo han convertido en un verdadero símbolo para todas nuestras generaciones: en el del "Maestro", como comúnmente le llamamos todavía todos los que reverenciamos su memoria.

Su música en su mayor parte litúrgica es sencilla, clara y directa. También cultivó la música de cámara de la cual es significativo ejemplo su Cuarteto para Cuerdas opus 107.

Su mayor gloria, tal vez la encontramos en sus dos famosos oratorios: el "Oratorio a la Muerte de Cristo" y el "Oratorio a la Resurrección de Cristo". El primero compuesto en 1939 fue ejecutado por 19 años consecutivos en las conmemoraciones religiosas del Viernes Santo en la Catedral.

Sus Misas y su Requien son también elocuentes ejemplos de su dominio en el campo de la música sacra; y entre la profusión de piezas de música ligera que compuso, se cuentan la Tanda de Valses "Pita", que fueron extremadamente populares en los tiempos de nuestros abuelos, y que sirvieron para hacer una colecta pública con la cual se recaudó el dinero suficiente para hacer el Parque Independencia.

El Requiem fue significativamente estrenado en la Catedral con motivo de su propio funeral.

El Maestro Ravelo había nacido en Santo Domingo el 21 de Mayo de 1876 y fue uno de los integrantes y mayores animadores del famoso "Octeto del Casino de la Juventud" que tantos éxitos alcanzó

para la generación dominicana que tuvo el privilegio de verle nacer en su seno. Su labor como Director de este meritorio conjunto musical le valió un especial reconocimiento y una medalla de oro.

Llevó a cabo una plausible labor de difusión cultural por la radio; en 1932 fundó la Sociedad de Conciertos bajo el patronato del Ateneo Dominicano, y desde su fundación fue Director del Liceo Musical.

Su muerte el 2 de diciembre de 1951 llenó de duelo a la música nacional.

MANUEL DE JESUS LOVELACE escribió una Suite para Orquesta Sinfónica titulada "Escenas Dominicanas" y se le recuerda como musicógrafo en los diarios más importantes de su época.

GABRIEL DEL ORBE, el virtuoso del violín, que había estudiado con altos méritos en el Conservatorio de Leipzig, compuso inspiradas piezas para violín y piano y muchas canciones, treinta de las cuales tienen letra del inspirado poeta dominicano Fabio Fiallo.

AUGUSTO VEGA compuso más de 300 obras entre las cuales se cuentan su ópera "Indígena", dos oberturas para orquesta "Folklore Sinfónico" basado en temas dominicanos, un poema sinfónico dedicado a Juan Pablo Duarte y un Himno Hispano-Americano.

La escuela que podríamos llamar nacionalista surge realmente con Esteban Peña Morell y con Juan Francisco García. Es su inspiración y orientación lo que pone en evidencia que los bailes y leyendas musicales pueden servir como maravilloso marco para composiciones serias en las formas clásico-tradicionales.

PEÑA MORELL que había nacido en Santo Domingo en 1897 fue un músico internacional que dejó huellas en Cuba y en España y que entre 1930 y 1933

fue arreglista de compositores de tanta talla como George Gerhwin y Erno Rappee en los Estados Unidos de América.

Su gran afición por el folklore musical de su país lo llevó a hacer acopio de datos que dió a conocer en su publicación Folklo-Música Dominicana, que sirvió de base, también, para su poema Sinfónico "Anacaona", "La Sinfonía Bárbara" y su opera "Embrujo Antillano".

A JUAN FRANCISCO GARCIA, ese gran compositor auténticamente dominicano, se le debe el laudable esfuerzo de elevar la música popular para acomodarla a los moldes clásicos pero sin despojarla de su frescura natural. Fue él realmente quien mayor impulso le dió a la entrada triunfal de nuestra música folklórica a los salones de concierto. El mismo, en medio de su gran humildad declaró una vez "me enorgullezco de haber aprovechado en todo momento los tesoros de la música auténticamente dominicana y de haberle dado la importancia que merecía. En realidad no me precio de ser un gran compositor ni de haber hecho nada extraordinario, pero me siento satisfecho de que en todo momento he realizado los mayores esfuerzos por fundir en las corrientes universales el arte puro de nuestra tierra".

PANCHO GARCIA, como se le llama cariñosamente, nació en Santiago el 16 de junio de 1892. Fue discípulo de José Ovidio García, y a los 14 años tocaba con gran desenvoltura el cornetín, luego aprendió a tocar otros instrumentos.

En 1917 escribe la zarzuela "El Triunfo de Martilde" y varios cantos escolares.

Su primer Cuarteto para Cuerdas está inspirado en temas folklóricos muy conocidos.

Viviendo en Cuba, años más tarde escribió su famosa canción "El Espejo" con letra del conocido bardo cubano Nicolás Guillén.

Al segundo período de su vida artística pertenece su "Sinfonía Quisqueyana" en la cual el compositor canta a la Patria con toda la sencillez y ternura que le supieron inspirar su profundo dominicanismo.

Alfredo Matilla, el brillante profesor español que vivió muchos años entre nosotros al reseñar el estreno de esa obra declara que siempre le había parecido mezquino y limitado el concepto nacionalista en la música, y agrega que "es preciso un dominio y un talento indiscutibles para salvar el escollo de la limitación nacionalista y hacer música propiamente dicha sin adjetivos locales -con carácter universal", y declara finalmente "todo ese talento, todo ese dominio le sobra a Juan Francisco García".

A esta obra siguieron su Sinfonía II (en do mayor); su "Rapsodia Dominicana" y su "Fantasía Simastral" que es una especie de reminiscencia, algo así como un sueño sin explicación lógica. El mismo compositor la tilda como "un viaje al Purgatorio".

LUIS EMILIO MENA. Nació artista, porque llevó la música siempre en el corazón. Vino al mundo en esta Ciudad Primada el 12 de noviembre de 1895 y fue alumno de don José de Jesús Ravelo, a quien llamó "su maestro del alma y corazón".

Aprendió a tocar varios instrumentos entre ellos el piano, el violoncello, el flautín y el fagot, pero fue la flauta su favorita.

Estudioso incansable, no descuidó nunca su constante superación a través del estudio y de la discusión de las nuevas teorías y tendencias musicales.

Fue un compositor fecundo, sus obras pasan de 300 y en ellas puso de relieve su espíritu inquieto pero espontáneo y sincero. Hay pues en ellas un hondo sentido humano.

Fue Maestro de Canto Coral, Profesor de Música, Solfeo, Teoría y Armonía en diversos sitios y escribió varias obras teóricas recogiendo sus conocimientos y sus experiencias.

Su "Sinfonía Jucosa" y su "Suite de Recuerdos de Infancia" están entre sus logros de mayor envergadura; pero también le dieron glorias sus obras de piano, sus preludios religiosos, sus romanzas y sus canciones.

JULIO ALBERTO HERNANDEZ: este brillante músico dominicano nació también en Santiago el 27 de septiembre de 1900. El piano ha sido siempre su instrumento favorito. Fue discípulo de don Ramón Emilio Peralta y de don José Ovidio García, y ya a los 14 años tocaba en la Banda Municipal de su ciudad natal.

Su primera composición, el Vals "Dulce Recuerdo", estrenado en 1921 ha sido cantado con profunda emoción por varias generaciones, como lo fue su primera criolla "Por tí Sola", y su delicada "Serenata en La Menor".

Son suyas la música de la Revista "Un Carnaval en Santiago" y de las zarzuelas criolla "La Bruta de la Loma" y "El Guapo".

Su Suite romántica, sus Miniaturas Sinfónicas, su Primer Suite Dominicana, de la cual su ya famosa Sarandunga y su no menos inspirado Chenche son obras de honda inspiración que denotan gran ternura, sincera emoción, amor a lo nuestro, conocimiento del alma de un pueblo.

Sus valsos, sus danzas, sus romanzas, han hecho las delicias de un público que los ha bailado, cantado y admirado profundamente.

Su labor docente es digna del mayor encomio.

ENRIQUE MEJIA ARREDONDO: fue un gran músico dominicano que murió demasiado joven. Nació en Santo Domingo el 24 de diciembre de 1901 y fue alumno del Maestro Ravelo y del Maestro español Enrique Casals Chapí.

Fue Director de la Orquesta Sinfónica Nacional y fundador de la Sociedad de Compositores Dominicanos. Su primera Sinfonía se la dedicó al patricio Francisco del Rosario Sánchez.

El gran crítico de arte mexicano Adolfo Salazar en ocasión de la visita del compositor a México, donde interpretó esta Sinfonía con la Orquesta Sinfónica de la Universidad comentó: "su obra dilatada no pesa en la audición por estar construída con solidez, firme conducción tonal, motivos bien modulados y con suficiente contraste entre ellos".

Entre sus muchas obras se incluyen las "Dos Evocaciones", sus "Cuentos Nocturnos", su "Danza Quisqueyana" profundamente inspirada en aires autóctonos y rituales.

RAFAEL IGNACIO: Es natural de San Francisco de Macorís, inició muy joven su carrera musical, primero como cornetista y luego como contrabajista.

Su conocida y admirada obra "Al Son de los Atabales" está inspirada en la danza ritual que se baila en las festividades del Espíritu Santo en los campos del Cibao y del Este. Nuestros hombres del campo dicen que los atabales "hablan y llegan hasta a decir cuando va a haber tragedia, sangre, niebla en el alma".

El Maestro Ignacio ha sabido recoger hábilmente en esta pieza, con un ritmo contagioso de danza, todo el misterio del atabal, toda su sombra, todo su drama.

Su Suite Folklórica, escrita originalmente para orquesta fué completada más tarde con una parte coral de gran efecto.

Su tercer tiempo es un Zarambo, baile que es una modalidad del zapateo que posiblemente se derivó del zaranbeque, baile de negros que gozó de cierta popularidad en España y que de seguro fué también conocido en esta isla.

JOSE DOLORES CERON: La personalidad de este destacado músico y compositor hay que contemplarla desde los tres mayores aspectos de su vida: los de doctor en medicina, músico y militar. Nació músico en una familia de músicos. Estudió con el Maestro Ravelo pero recibió posterior asesoramiento del Maestro Casals Chapí para dedicarse de lleno a la composición. Como tónica novedosa le interesa particularmente la música indígena y estudia sus orígenes y sus medios, aplicándolos más tarde en composiciones que le dieron mucha gloria como su Suite Sinfónica "Enriquillo", en la cual cuenta la vida de ese grandioso Cacique que simboliza el primer grito de libertad americana.

"A la Caída de la Tarde" es tal vez su obra mejor lograda. Es un inspirado prelude donde se perfila subjetivamente el estado emocional frente al atardecer con el desarrollo de tres diferentes temas en constantes imitaciones.

Su Poema Sinfónico a "Las Vírgenes de Galindo" recoge una leyenda dominicana que nos relata César Nicolás Penson en sus "Cosas Añejas". En esta obra, altamente narrativa, los recursos musicales son más ingenuos, pero tienen una gran efectividad emotiva.

El compositor escribió también dos Sinfonías, "El Ballet del Tiempo", mucha música popular y música para bandas militares.

RAMON DIAZ: nació en Puerto Plata en 1901. Su labor ha sido notable no sólo como músico y compositor sino como maestro, especialmente en San Cristóbal.

Entre sus obras de mayor relieve están su Suite para Orquesta "Escenas Bíblicas", el Poema Sinfónico "Evocación", una Elegía y la "Obertura Hispaniola".

Ha compuesto además música para coros, Marchas Fúnebres, Himnos (entre los cuales se cuentan el Himno al Periodista, y el Himno al Arbol), composiciones religiosas y muchas criollas.

NINON LAPEIRETA DE BROUWER: Esta celebrada compositora, multifacética en sus actividades ya que además de música y compositora ha escrito versos, cultiva la declamación y el arte pictórico, es indudablemente una de las más grandiosas impulsoras de las actividades musicales en el país. Su ejemplar dedicación a los afanes de superación de la Sociedad "Pro Arte" han completado su pedestal de gloria.

Comenzó a estudiar música muy temprano. Tuvo como maestros a los mejores de la capital pero su formación ulterior se la debe al Maestro Casals Chapí.

Su primer obra "Dos Caprichos para Instrumentos de Viento" mereció el elogio consagrado de la crítica.

Su mayor éxito lo encontramos probablemente en su obra sinfónica para canto y orquesta "ABOMINACION DE LA ESPERA", basada en el inspirado poema del gran poeta dominicano Héctor Incháustegui Cabral.

En 1944 en un programa de la BBC de Londres para conmemorar el Centenario de nuestra Independencia se estrenó su obra "Suite Arcaica para Cuerdas". A estas se le unen la Sonata en Sol menor, Preludio Pastoral, una Obertura Jocosa y un ensayo para orquesta intitulado "La Reina del Carnaval" especie de ballet romanza para cello, y muchas obras más.

LUIS RIVERA: Nació en Monte Cristy el 21 de junio de 1901 hijo de padres que cultivaron la composición y sembraron en su corazón el amor por la música.

En el año 1930 residió en Cuba donde estudia armonía y composición, llegando a ser un gran colaborador y amigo del Maestro Lecuona, junto a quien desarrolló una brillante labor musical viajando por varios países de América, en triunfal tournée artística.

Entre sus obras de relieve figuran su Rapsodia Dominicana No. 1, la Rapsodia Dominicana No. 2, el Poema Indio sobre un tema literario del Dr. José Patxot Vallejo, Ruta de Glorias, Intermezzo; así como innumerables obras para canto, piano, y una serie de danzas.

Introdujo la música folklórica en el Coro Nacional del cual fue Director por varios años.

Enrique Casals Chapí al describir la "Rapsodia Quisqueyana", expresó que "ella presenta el especial interés de resultar una obra folklórica sin serlo en el rigor que tal término tiene. El autor emplea como generalmente se hace en las rapsodias temas ajenos pero esta vez, tan cercanos a él mismo que, si conocidos son los temas, no lo son menos sus propios autores que están aún entre nosotros".

El Maestro Rivera al utilizar con gran maestría ritmos tan conocidos y famosos como el merengue "Compadre Pedro Juan" y la canción lamento indio "Maibá" consigue que "la lenta gestación del tema del merengue que va viniendo como cosa lejana suspendido por ráfagas de otro tema, alcance su clímax en el merengue mismo tal cual es desenlazándose entonces la rapsodia en una especie de desenfreno rítmico. "Los temas se entremezclan y se persiguen pasando del piano a la orquesta en un final centelleante, donde todos los ritmos acompañantes del merengue están desarrollados tanto juntos como

por separado, tratando de dar en el terreno orquestal la misma sensación de los instrumentos típicos que, por expresa voluntad, no son empleados”.

MANUEL MARIA MINIÑO: Nació en Baní en 1930. Desde muy joven se dedicó a la composición y al magisterio. Estudió armonía y elementos de composición con el Maestro Roberto Caggiano durante los años 1954-1956. A ese período pertenecen sus primeras obras la “Suite Clásica”, la “Misa en honor de Santa Teresita” y el “Madrigal a la Muerte de una Flor”.

Gana su primer premio como compositor con la “Oración de la Novia”, obra sinfónica con solista, en 1958. Durante la celebración de los Juegos Florales Altagracianos en 1959 gana primer premio con su “Misa en Honor de la Virgen de la Altagracia”.

Bajo su propia batuta estrenó sus obras Concerto grosso en sol menor; Poema para Orquesta; Poema para Orquesta compuesto con motivo del bicentenario de su ciudad natal; Cantata “Presencia del Angel” para coros, solos y orquesta; Suite Mística; Concertante para 11 instrumentos, solistas y orquesta de arcos y su Poema “Súnhará” contexto del Dr. Pompilio Brouwer. Cuenta además entre sus otros trabajos con una “Sinfonía Masónica” y con una “Suite Sinfónica Patria”.

Es un trabajador incansable, se propone estrenar muchas obras de envergadura que ya tiene listas, así como publicar una serie de libros didácticos que serán de suma utilidad.

Es actualmente profesor de Armonía en el Conservatorio Nacional de Música, y profesor de Humanidades y director del coro en el Colegio Santa Teresita.

Ocupa el puesto de Director del Coro de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y ha ejercido la crítica musical en el “Listín Diario”.

ENRIQUE DE MARCHENA: aparte de ser uno de nuestros grandes compositores es además, uno de nuestros más distinguidos diplomáticos de carrera habiendo ya desempeñado no sólo el cargo de Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, sino también los de brillante Embajador en las Naciones Unidas, en Suiza y en Alemania.

Como crítico musical del Listín Diario desde 1927 hasta 1945 puso de relieve sus profundos conocimientos de musicología y arte.

Su obra musical que se inició en 1929 estuvo ambientada en el romanticismo y muy especialmente en el impresionismo, influyendo grandemente en ella el estilo Debusiano.

Su preciosa "Suite de Imágenes" es considerada como una de sus mejores obras, pero también ha escrito el "Poema Sinfónico Arco Iris" que mereció el primer premio en este tipo de música en el Concurso Musical celebrado en ocasión del Centenario de la Independencia de la República; 12 preludios para piano, 6 nocturnos, además de 6 caprichos impresionistas, y una serie de inspiradas romanzas y otras composiciones.

MANUEL SIMO: Manuel es natural de San Francisco de Macorís, esa región maravillosa de la República donde los músicos parecen nacer silvestres.

Fue discípulo brillante del Maestro Casals Chapí, habiendo alcanzado el privilegio de ser favorecido por una beca concedida por el Gobierno Dominicano para que pudiera estudiar en Montevideo, Uruguay.

Hoy en día es Director de la Orquesta Sinfónica Nacional y Profesor distinguido del Conservatorio Nacional de Música, en el seno del cual su mayor empeño ha sido el de contribuir a la unificación de la enseñanza musical en todo el país.

Su música puede decirse que es formal, ya que hasta hace poco se mantuvo dentro de los moldes clásicos.

Los medios de los cuales él se ha valido para materializar esas obras son de tendencias actuales. Prevalece en su música el contrapunto como medio de expresión el cual le ha facilitado el camino hacia la composición más que a la armonía.

Según su propia expresión las dos obras que más le satisfacen son la "Sinfonía Núm. 2" y el "Cuarteto en Fa Mayor".

Si pasamos revista a sus logros podremos anotar que tiene mayor preferencia por la música pura que por la música programática. Es más profundo, más agudo. Sin embargo su "Cantata a la Patria" que le valió premio en el Concurso del Centenario pertenece a este último género.

Manuel Simó es posiblemente el primer compositor dominicano formado dentro de las nuevas tendencias. De él se ha dicho que su "lenguaje musical no ha sido logrado en esa lucha cruenta de los músicos que por circunstancias históricas se debaten entre dos épocas diferentes, epílogo de la una y casi precursora de la otra". Se le puede pues considerar como el abanderado de un nuevo estilo que aunque entroncado en las corrientes universales conserva la fuerza dinámica de su pueblo.

Dignos de mención entre los compositores de música clásica están además ANTONIO MORELL, más conocido por sus exitosos afanes como propulsor de la música popular, pero que fué alumno de Casals Chapí y ha compuesto obras sinfónicas de elevada inspiración.

MARGOT ROJAS, actualmente Profesora de la Escuela Elemental de Música que le ha dado vigencia a su emoción para escribir delicadas composiciones que ponen de relieve su alma exquisita de mujer y de artista.

Entre sus composiciones figuran la "Suite No. 1" que sirvió de tema a un ballet de la Profesora Doña Magda Corbett en 1960.

La "Suite No. 2" y el precioso ritual "Lamento Indio", composición coral para cuatro voces mixtas que fue una de las canciones interpretadas por el Coro de la Universidad Autónoma de Santo Domingo en el Festival Universitario de Chile en 1967, en el cual dicha masa coral ganó el primer premio.

Entre sus canciones que son numerosas está también "Corazón Herido".

MIGUEL PICHARDO VICIOSO, que pertenece a la nueva generación de compositores dominicanos, cuenta entre sus obras a "Proyección" (Obra A-B-C) escrita en el sistema serial donde el juego en colores orquestal nos describe "un espacio macrocósmico en que los timbres aparecen como luces que se esfuman creando un centenar de impresiones donde se alternan los momentos de tranquilidad con los de inquietud frutos de nuestra situación histórica que a pesar de su confusión social se proyecta en esperanzas hacia una felicidad en que reine el amor y el bienestar entre los hombres". Miguel, que ahora perfecciona sus conocimientos en Roma, es más que una promesa, un compositor nato.

Por lo demás tengo el honor y la satisfacción de haber creado, durante mi última gestión como Director General de Bellas Artes, hace unos tres años, los Archivos Nacionales de Música, institución meritosa que se está ocupando de recoger toda la música dominicana que se encuentra dispersa, y guardarla para entregársela como valioso legado cultural a las nuevas generaciones de dominicanos.

Al frente de esa institución estuvo hasta su muerte ocurrida demasiado temprano la inolvidable Elila Mena de Rivera, sobre cuya tumba quiero depositar hoy una flor de afecto y de recuerdo.

La brevedad del tiempo disponible para esta charla no me permite referirme con detalles a los logros alcanzados en el campo de nuestra música popular moderna, ellos son conocidos de muchos de ustedes, pero es imprescindible que deje constancia y que le rinda especial tributo de admiración y de gratitud dominicanista, a todos esos esforzados artistas, que aquí y en el extranjero, han conquistado grandes laureles componiendo, interpretando, difundiendo nuestra música popular.

Ellos han sido verdaderos intérpretes del alma del pueblo, y muchos de ellos se han convertido en auténticos Embajadores del arte musical dominicano en el extranjero.

Gloria también la merecen los virtuosos ejecutantes de nuestro arte musical que han llenado de laureles a nuestra bandera convirtiéndose en símbolos de nuestra sensibilidad artística;

Manuel Rueda
Carlos Piantini
Francisco Aybar de Lepervanche
Aída Bonnelly de Díaz Grullón
Jacinto Gimbernard
Vicente Grisolia
Ramón Díaz hijo
Ivonne Haza de Bisonó
José Del Monte

y muchos otros.

A fines del mes pasado la Orquesta Sinfónica Nacional y el Coro Nacional escribieron un nuevo capítulo en la historia musical de la República al estrenar dos obras de corte modernísimo que denotan la presencia de nuevas tendencias en la música nuestra.

Una de ellas fue el "Epitafio en el Aire" original de la inspirada compositora Margarita Luna de Espaillet con letra del destacado intelectual Manuel Rueda. Esta obra que fue escrita en memoria de las víctimas de la tragedia aérea del 15 de febrero de

1970 ha sido descrita como la primera obra de música "aleatoria" que escribe un compositor dominicano.

Este poema sinfónico es definido como una plegeria en la que se describe el horror del momento cuando la nave aérea cae precipitadamente en el Mar Caribe; y en cuanto a su calificación de "aleatoria" el Embajador Enrique de Marchena, nos ha dado, en un interesante artículo publicado hace unos días en el Listín Diario, una interpretación de este calificativo diciendo que este concepto se aplica a aquellas ideas musicales creadas libremente sin que en ella intervengan las rigideces de la composición, es decir que gozan de una libertad rítmica ideológica, armónica y sonora mucho más amplia que lo que la literatura concede al verso libre.

Es pues una modalidad nueva cuya vigencia puede constituir un rompimiento definitivo con los viejos moldes del pasado. Solo el porvenir, sin embargo, nos dará respuesta a esta interrogante.

La otra obra de envergadura que fue estrenada también en la ocasión mencionada fué el "Lento bajo la Lámpara", compuesta por el Maestro Manuel Simó con letra también del Profesor Manuel Rueda quien ofreció el segundo soneto de su tríptico poético.

En el soneto se describe la soledad humana en una simultaneidad de tiempos y situaciones diversas.

Se presentan así al círculo de la lámpara que las ilumina, las imágenes de la existencia y del pasado, actualizadas por una percepción de dolor universal.

La obra es de una técnica equilibrada y rica en medios que revela también un nuevo aspecto de la producción musical del Maestro Simó.

Ambas son obras, sin lugar a dudas, que están abriendo surcos, surcos que enmarcan con gran elocuencia los nuevos derroteros de la música dominicana del presente, asegurando esa realidad continua que anotamos al inicio de nuestra charla, porque la música, que es arte de artes, es eterna, ya que ella es la síntesis sublime de la emoción y del sentimiento de los pueblos.

Santo Domingo, D. N.,
18 de mayo de 1971.

